

RAMÓN J. SENDER, ESCRITOR TOTAL



El Sender que ahora presento es, cuando menos, un Sender desconocido. El autor de Chalamera escribió una obra abundantísima, con abarcamiento de todos los géneros (narrativa, poesía, ensayo y teatro), pero ésta es su primera —y única— novela policiaca: *El crimen de las tres efes*. Un crimen y tres efes. El sencillo desarrollo de una historia vulgar (un asesinato pasional), al lado de la portentosa originalidad de un escritor que destila talento en cuanto escribe.

Recuperar a Sender es volver a leerlo, reeditar sus libros —los más consagrados y los más olvidados—. Espantar las cenizas del olvido, que todo lo recubren con el velo de la desidia. Y eso es lo que ahora hace la editorial Prames, con este librito tan oportuno, tan lleno de sorpresas. Devolvémoslo a un autor que es patrimonio nuestro, pero también de todos, porque ya es profundamente universal. Y devolvémoslo en un registro inusitado, con esa joya olvidada que es *El crimen de las tres efes*. Una obra singular que, por primera vez, se edita en volumen independiente. Una historia en clave detectivesca de un autor maduro que no renuncia a su mirada, entre la piedad y la ironía.

El crimen de las tres efes es una de las últimas novelas de Sender, si no la última. Publicada en Barcelona, por la editorial Acervo, en 1982 (el mismo año de la muerte del escritor), formaba parte del volumen colectivo *Antología de las mejores novelas policiacas, 18ª selección*, en el que se incluían relatos de autores como Noel Clarasó, Fernando Díaz-Plaja, Francisco García Pavón, Ángel María de Lera, Adolfo Marsillach o Ángel Palomino. Fue, por tanto, obra de encargo (cuasi póstumo)

solicitado al autor por la responsable de la antología, Ana Perales. Desde que se editó, no tuvo mayormente fortuna, disimulada entre el elenco de narraciones que formaban el tomo, hasta el punto de que los estudiosos han olvidado incluirla en la relación de obras completas del autor. No es, pues, poco mérito haberla recuperado de entre las tinieblas de la desmemoria, con la magnífica edición que ahora se nos ofrece. Justamente, además, en este 2001 iniciático, principio de siglo y milenio, conmemoración centenaria del nacimiento del escritor. Tiempos nuevos en que lo propio y lo ajeno, lo local y lo universal, se darán sabiamente —esperemos— la mano.

El crimen de las tres efes comienza con un interesante prólogo donde Sender, en las postrimerías de la vida, vuelve la vista atrás para encontrarse, otra vez, con sus raíces aragonesas. Recuerda su infancia en las riberas del Cinca, edad tan propiciatoria que, en la vejez, es capaz de decir: “en su conjunto mi vida me parece bien ordenada y apacible”. Y eso a pesar de haber vivido “toda clase de accidentes tormentosos”. Aragón es la razón del optimismo senderiano, causa de su vitalidad. Su otro impulso vital es el reencuentro con los lectores, que treinta y tantos años de exilio habían impedido: “Pero lo que me satisface del todo es la atención creciente del pueblo español que parece interesarse cada día más por mi modesta producción”, nos dice.

Sender sentía el palpito de lo humano, el calor de lo social. Hay un fondo ético, humanitario, en todas sus producciones. Algo que también hallamos en *El crimen de las tres efes*, a la postre indagación psicológica de los porqués de la acción. Su protagonista es un personaje al borde de la esquizofrenia, un hombre escindido entre el “ser” y el “querer ser”. Juan Pérez, aventurero de la banalidad, corsario de la intrascendencia, se convierte en asesino, capturado por la fuerza irracional de los celos. Y enredado en los hilos de su propia trampa, paga con el suicidio sus desazones de fracasado. Es verdugo y víctima, como otra criatura senderiana, Ramiro Vallemediano, protagonista de *El verdugo afable*.

El crimen de las tres efes es una historia de seres que viven muriendo o mueren viviendo, prisioneros de un mundo de anónimo y mentira. Individuos que quieren protagonizar alguna historia, personajes que no se resignan a permanecer en el olvido. El hispano-argentino Juan Pérez pertenece a ese grupo de urbanitas gravemente enfermos de *personalidad*. Es una realidad poliédrica que se hace llamar *Juan Perecito*,

Jack, Jacques o *William Kline*, según el momento, buscando ser protagonista de algún suceso que le aparte del vacío existencial en que le ha tocado vivir. Carácter enfermizo con delirios estelares, es en realidad un pobre diablo al que nadie toma en serio, ni siquiera la policía de Los Ángeles, a la que telefonea constantemente confesándose autor de todos los crímenes habidos y por haber. En el mundo senderiano, Juan Pérez, antes de ser el inane protagonista de *El crimen de las tres efes*, había sido secundario en *La mirada inmóvil*, probablemente inspirado en alguna noticia de prensa que informaba escuetamente de su crimen pasional y posterior suicidio. El autor lo reinventa como personaje a partir de una información periodística real, para indagar en los motivos profundos de su comportamiento.

En algunas novelas de Sender —estoy pensando, por ejemplo, en *Adela y yo*, *Orestiada de los pingüinos*, *Por qué se suicidan las ballenas*, *Los tontos de la Concepción*, *Zu, el ángel anfibio*...— hay un cierto aliento de pureza, identificable con el mundo de los animales, las civilizaciones primitivas o las fuerzas naturales; un mundo que, cruel o sanguinario, es transparente en su simpleza y en la infalibilidad de sus leyes. Es el mundo de la *hombría*, que Sender opuso a la *personalidad*. El “hombre instintivo”, de origen gracianesco y vida “ganglionar”, opuesto a la *persona* o “máscara”, entendida como el disfraz a que nos obliga la vida social.

Cuando leo *El crimen de las tres efes*, cuyos escenarios son exclusivamente urbanos (Los Ángeles, Hollywood, Las Vegas...), tengo la sensación de que todos sus personajes pertenecen a ese grupo de *mascarones* que no viven una vida auténtica. Falta la voz de la naturaleza. Siento a un autor que nos invita a un vivir más puro, más ecológico e intenso, más pasional. Porque la vida de Juan Pérez cambia cuando en ella irrumpe la pasión por Pepa-pe, una brunirrubia teñida, de vivir tan falso como el suyo. La cubana Pepa-pe también colecciona nombres y finge personalidades: *Josefa Pérez*, *Josefina Perezita* o *Marilyn-Sandra*, según el tiempo y el lugar.

Juan se enamora perdidamente de su Marilyn y cuando la fuerza del amor irrumpe todas las mentiras del cotidiano vivir se acallan. El actor deja de actuar y ya no hay ficción, reaparece la realidad. Una realidad, en este caso, tinta de celos, por la infidelidad de la amada. Juan pasa de ser el hombre que gesticula, que finge y quiere ser algo —protagonista a toda costa, aunque sea de falsos asesinatos—, a ser el despedido

que mata por amor. Es el dominador dominado. Las fuerzas de la naturaleza, del vivir “ganglionar”, le han atrapado y le conducirán a su desastroso final. Es, en ese sentido, como el atildado personaje de “La madurez del profesor Saint-John”, relato de aprendizaje, donde el protagonista, un pacífico investigador universitario, se convierte en asesino por codicia sexual de la hembra.

En *El crimen de las tres efes* hay un grito contra el pragmatismo y la vulgaridad. Sender, que vivió durante muchos años en la sociedad más materialista del mundo, la estadounidense, anheló siempre una escapatoria, al menos por vía de la imaginación. El escritor quiebra la lógica por el lado de lo irracional, el egoísmo del interés con la fuerza incontrolable de las pasiones. Pide a voces una dimensión ecológica del vivir que, en el fondo, es una forma de solicitar más humanidad y menos materialismo, mayor autenticidad y menor hipocresía en las relaciones sociales.

Todo en Sender es personalísimo. Incluso cuando ataca un género tan convencional como el policiaco, deriva hacia sus íntimas obsesiones. En vez de presentarnos la trama como un enigma para resolver, atando cabos y descubriendo evidencias, fabula una historia de indagaciones psicológicas y crítica social. Nos introduce en las contradicciones psíquicas del protagonista, en su delirante personalidad y su estrambótica relación con Pepa-pe. Retrata con maestría el ambiente que lo rodea, el mundo de los casinos y las hembras propicias que deambulan en torno de los ganadores. Por último, nos muestra esa vida enferma de *personalidad* que él tanto criticó para enseñarnos cuán fácilmente se derrumban nuestras mentiras ante el empuje de las pasiones irrefrenables. Por algo decía Sender que estaba fuera de la cultura burocratizada. Sencillamente, no la necesitaba. Él era un escritor total, consciente de la magnitud de su obra. Incapaz de seguir otros dictados que no fueran los propios. Ajeno a las camarillas y a las modas. Un individualista irreductible. Un autor personal. También en el género policiaco, en el que nos ha legado esa pequeña maravilla que ahora presentamos.

Pasen y lean: *El crimen de las tres efes*.

Antonio VILLANUEVA

(Seud. de José Antonio García Fernández)